

Moussyllanea. Mélanges de linguistique et de littérature anciennes offerts à Claude Moussy, B. Bureau & Ch. Nicolas (eds.), Lovaina-Paris, Peeters, 1998.

Se recogen en este volumen 43 artículos con los que se rinde homenaje a Claude Moussy, Catedrático de Filología Latina que fue de las Universidades de París X (Nanterre) y París IV (Sorbona), actualmente director del *Centre A. Ernout*, y organizador del 10^o Coloquio Internacional de Lingüística Latina, recientemente celebrado. Tras un epigrama liminar de Ch. Nicolas, que recrea el tópico de la exhortación al propio libro, un prefacio de H. Zehnacker que glosa figura y carrera del homenajeado, unas notas previas de los editores y una bibliografía selectiva de C. Moussy, los 43 trabajos se agrupan en siete secciones (*Etymologica, Morphologica, Syntactica, Semantica, Onomastica et Toponymica, Pragmatica, Litteraria y De Latinitate*).

La primera se abre con un estudio de F. BADER sobre «Le nom de la 'corne' et ses métaphores dans les langues indoeuropéennes anciennes» (pp. 3-13). El nombre del cuerno, que se considera inmotivado, se relaciona con **ker-h₂*- («dar golpes»), y se estudian los problemas fonéticos y morfológicos que plantean los desarrollos de esta raíz, su polisemia y el carácter imprevisible de las metáforas que suscita, así como los principales campos semánticos en las que éstas se acomodan (zoónimos, fitónimos...). Se dedican, en fin, sendos apartados al desarrollo metafórico en relación con el tiempo y el espacio (meses, toponimia), a la cuestión de Corinto y a la relación del cuerno con el marfil a través de la idea de dureza. G. J. PINAULT («Analyse de latin *caesaries*», 15-30) defiende, con un nuevo análisis de ambas formas, la correspondencia entre lat. *caesaries*, cabellera larga y bien peinada, y scr. *késara-*, propuesta ya por Bopp en 1847. Se plantea también la relación entre *caesaries* y *Caesar*, que el autor justifica apoyándose en el significado del cabello largo y bien peinado en el mundo épico y aristocrático. G. BONNET, autor de una tesis aún inédita sobre *Emprunt et adaptation des mots latins en albanais* (1995), estudia («Faute de langue et création lexicale. Quelques exemples de tentation paronymique», 31-36) el caso de alb. *ndrikullë*, que proviene de *matricula*, pero ha heredado contenidos («nodriza, comadrona, madrina»), más propios de *mater* que de *matrix*, como si en realidad viniera de *matercula*, y *timën* («hilo de la trama»), que procede de **temen*, inusitado en la forma simple, pero empleado en el compuesto *subtemen*, en el que podría verse una interferencia de *tegmen* (cf. *tego*). En vez

de pensar en particularismos de un fantasmagórico latín balcánico, G. B. interpreta estos fenómenos como interferencias que remontan al propio latín popular. D. BRIQUEL («Deux mots latins d'origine étrusque selon Isidore de Séville», 37-39.) trata de resolver la aparente paradoja de dos textos isidorianos en que, reconociendo a *cassidam* y *lanista* un origen etrusco, se explica su sentido a partir del propio latín (*cassidam autem a Tuscis nominatam. illi enim galeam cassim nominant, credo a capite, et.18,14,1*). Isidoro (*or.9,1,6-7*) considera cuatro etapas en la lengua latina (*priscam, latinam, Romanam, mixtam*), la segunda de las cuales sería hablada por latinos y etruscos a la llegada de Eneas, lo que implicaría la equiparación del etrusco a un protolatín arcaico. Por lo demás, D. B. se muestra renuente a aceptar el origen etrusco de ambas palabras, relacionándolas más bien con el mundo griego. D. CONSO, en fin, («Sur quelques étymologies synchroniques de *famulus* et *familia*», 41-48) analiza la distinción entre *famulus* y *servus*. Mientras que para Isid.*diff.1,525* *serui sunt in bello capti ... famuli autem ex propriis familiis orti*, D. C. defiende el carácter relacional de *famulus*, frente al estatutario de *servus*: «*Famulus* est un nom de relation (on est *famulus* d'un *dominus*, tandis que *servus* est un nom de statut (on est *seruus* parce qu'on n'est pas *liber*)» (p. 43). Se analiza, en fin, la relación etimológica propugnada por J. Lydus entre *famulus* y *fames*, según la cual *famuli* serían los esclavos voluntarios: hombres libres que constreñidos por la necesidad se venden a sí mismos como esclavos.

En la segunda sección (*Morphologica*), CH. KIRCHER («D'*elephantinus* à *croceus* et à *Romanus*. Éléments pour une approche cognitive de la création lexicale: à quelle différence de relation correspond la différence de quantité de la voyelle présuffixale dans les adjectifs de relation?», 51-59) estudia los adjetivos de relación con sufijos *-anus*, *-inus*, *-inus*, analizando las diversas bases (topónimos, antropónimos, zoónimos, fitónimos, sustancias naturales, minerales u orgánicas). Dos tipos de adjetivos se presentan: adjetivos *d'appartenance*, que no conocen la moción, suponen una clasificación del sustantivo al que se aplican y denotan una relación global con el contenido semántico de la base, y adjetivos que indican sólo una relación parcial en dicho contenido. Pese a que los derivados de topónimos y antropónimos son en general del primer tipo, y los de fitónimos del segundo, no puede sostenerse un influjo decisivo del contenido de la base; así, sobre *elephas* se forman dos adjetivos distintos, *elephantinus* («como el elefante»), del primer tipo, y *elephantinus* («de marfil»), que se refiere sólo a una parte del contenido global «elefante»: sus defensas. Esta doble posibilidad se relaciona con la cantidad de la vocal presufijal: la vocal larga denota una relación global, la breve, parcial. F. BIVILLE («*Bacciballum* (Petr.61,6), 'une sacrée nana'; composés tautologiques en latin», 61-68) analiza el *hâpax* petroniano como lo que P. Guiraud llama *compuestos tautológicos*, formados por la yuxtaposición de dos temas verbales sinónimos, unidos además por analogías fónicas, en este caso *bacchari* y *ballare* («danser, mener jolyeuse

vie»). Se trata de procedimientos de formación morfológica con valor frecuentativo y aumentativo, afines con ciertos campos semánticos, sobre todo el del movimiento. Esta sería, pues, la primera aparición en latín del tema de *ballare*, de gran fortuna luego en la latinidad tardía y en romance. En la parte final, se pasa revista a los diversos procedimientos expresivos (léxicos, gramaticales, sintácticos y estilísticos) que implican la reduplicación y la aliteración, y que se relacionan, por tanto, con los compuestos tautológicos, de los que se ofrecen, en fin, nuevos ejemplos. L. NADJO («Réflexions sur quelques apports de la linguistique moderne à l'étude de la composition nominale en latin», 69-76) estudia las ideas sobre la composición de los antiguos, que habían descubierto más o menos explícitamente los dos criterios básicos de identificación del compuesto: unidad de acento y «unidad de imagen», es decir, necesidad de un significado unitario, aunque incurrieran en dos defectos: la manía clasificatoria, de la que no escapan tampoco los modernos, y la falta de distinción entre compuestos (*armiger*), yuxtapuestos (*paterfamilias*) y prefijados (*impudens*). Pasa a continuación a los aportes de la lingüística moderna: mayor afianzamiento de los criterios de identificación (inseparabilidad de los elementos constitutivos, constitución de una globalidad sintáctica, orden inmutable, en que normalmente el determinante precede al determinado, y la posibilidad de generar sobre él un derivado), y una reflexión más atinada sobre su génesis; tras adherirse tibiamente a la hipótesis de Meillet-Vendryes, que veían en la yuxtaposición la antesala de la composición, L. N. critica a quienes insisten demasiado en los criterios sintácticos y frásticos, comenzando con Benveniste y terminando con los generativistas. Una mención de los aportes de Coseriu y de su escuela habría sido quizás deseable. M. FRUYT («Le renouvellement dans l'évolution linguistique: quelques faits latins», 77-87) estudia un tipo de renovación por repetición, que, siguiendo a C. Hagège, denomina *ciclo o evolución cíclica*: repetición de un mismo fenómeno en épocas sucesivas, más o menos alejadas, recreación de un giro del mismo tipo que una estructura más antigua, que por diversas razones no funciona ya o se ha vuelto caduca. La autora presenta una tipología con 11 apartados: 1) el tipo *Iuppiter pater*, renovación idéntica y visible al nivel del sintagma; 2) pérdida de estatuto del morfema: gramaticalización y degradación; 3) adverbios que significan «hoy»: en latín tardío se emplea el sintagma *hodierno die*, que implica que no se percibe ya en *hodie* la presencia de *die*; 4) el tipo *nemo ... homo*, atestiguado desde Plauto, que prueba la desmotivación de *nemo* para el hablante; 5) si se admite que la vocal temática era en i.e. un antiguo artículo determinado enclítico aglutinado tras el sustantivo, antes de convertirse en parte integrante del elemento flexional de la palabra, en la fijación de *ille* ante el sustantivo en romance puede verse una repetición del proceso; 6) recreación al nivel de la palabra (prefijos y sufijos), es decir, adición del mismo preverbio (u otro de contenido semejante) a una palabra, por pérdida de conciencia del primer preverbio; y otro tanto

puede decirse de los sufijos: cf. la concatenación de sufijos diminutivos (*agnellulus, bellulus*). El mismo fenómeno se advierte en preposiciones y adverbios (cf. *dedans < dedeintus*, con la idea de procedencia marcada tres veces, dos por *de* y una por *-tus*; 7) las desinencias verbales personales de las lenguas i.e. salieron de pronombres personales enclíticos, soldados a la forma verbal. Tras el desgaste de las finales, en romance se recrean las marcas personales gracias a los pronombres personales, esta vez antepuestos; 8) reactualización de giros negativos; 9) verbos ‘impersonales’ de sentimiento: la evolución *me miseret tui > misereor*, que tiende a la regularidad, se repite en francés: *il me souvient > je me souviens*; 10) estatuto nomino-verbal del infinitivo. Del indoeuropeo al latín se asiste a una ‘verbalización’ del infinitivo (creación de la oración de infinitivo), pero su disminución de uso en latín tardío parece en relación con un movimiento de deverbización y vuelta a un estatuto más bien nominal; 11) en las inscripciones latinas arcaicas se observa una tendencia a la caída de las consonantes finales. Tras la restauración en la grafía y en la pronunciación, se observa de nuevo el mismo fenómeno en las inscripciones de Pompeya de la segunda mitad del s. I. Unas conclusiones muy pertinentes y que apuntan sobre todo a la coherencia terminológica cierran este excelente trabajo.

En la tercera sección (*Syntactica*), C. BODELOT («*Tempto si, subsisto si ... ou les propositions hypothétiques à sens ‘final’ chez les historiens latins*», 91-100), tras recordar los dos valores básicos de *si* (implicativo e ilocutorio), detalla algunos índices contextuales que diferencian este *si* de los usos anteriores (empleo del reflexivo indirecto — como en completivas, circunstanciales o relativas con valor final — para referirse al sujeto de la principal; uso de tiempos y modos menos variado que en un periodo condicional estándar, y orden canónico principal-subordinada con *si*, y no a la inversa, como suele ocurrir en la condicional prototípica, lo que implica un cambio en la perspectiva enunciativa, indicio de que la relación de causa —> efecto que normalmente subyace en un periodo condicional se desplaza hacia otro tipo de relación más cercano a la finalidad). Un cuarto apartado, no siempre fácil de seguir, estudia los efectos de sentido finales, tomando en consideración una dimensión pragmática y/o cognitiva. Cierran el trabajo unas conclusiones orientadas a subrayar su utilidad, en especial la explicitación de las situaciones susceptibles de motivar en latín el paso del *si* hipotético al interrogativo indirecto. De corte más tradicional es la contribución de M. LAVENCY («*Le participe latin*», 101-110). Un análisis funcional de los empleos de los participios latinos, desde una perspectiva sincrónica (de Livio a Tácito), permite al autor insistir sobre la función de predicado «à part entière» que no siempre se concede al participio. M. L. sostiene el valor no pasivo de construcciones como *Ianus clausus fuit* (Liu.1,19,3), que serían simples pasados de verbo de estado, como prueban la conmutación con *uidetur* y la dificultad de empleo del llamado agente; también se considera verbo de estado *esse* con participio de futuro. La distinción entre «participe

épithète et participe incident», el primero funcionando como un adjetivo o una oración de relativo, pudiendo ser nominalizado, y el segundo como una proposición subordinada que describe una situación concomitante con el proceso expresado por la principal, lleva al análisis de sus relaciones con el *cum* histórico, el ablativo del gerundio o el ablativo absoluto. Se estudian también el *participle dominant* (*A condita urbe*), el *participle attribut* (*Homerus Laertam colentem agrum facit*), y, siguiendo la estela de J. P. Chausserie-Laprée y D. Longrée, el *participle en rallonge*, pospuesto a una frase que constituye una proposición independiente con la misma función que un *relatif de liaison* (*librum misi tibi exigenti, missurus etsi non exegisses*, Plin.3,213,1). G. SERBAT («Le tour ... *id genus*; un tissu d'anaphores», 111-15) analiza el giro *id genus* y expresiones similares. Su colocación usual en la frase parece descartar una función adverbial o apositiva, apuntando más bien a una función adnominal, cuasi adjetiva. La comparación con los acusativos de extensión y duración avala la pertinencia del empleo del acusativo en este giro. El acusativo, de hecho, tiene en cualquier empleo un doble valor (p. 114), sintáctico («il signale la dépendance d'un terme 2 (Ac.) par rapport à un terme 1 dont la catégorie n'est pas spécifiée») y semántico («il appelle tout ou partie de la notion 1 à coïncider avec la notion 2, à la recouvrir en quelque sorte»). No se trataría, pues, de una aberración sintáctica, sino que el uso se ajusta perfectamente al valor doble del acusativo. G. CALBOLI estudia la lengua de un *senatus consultum* recientemente publicado («Le *Senatus Consultum* de Cn. Pisone patre; quelques considérations linguistiques», 117-30), que resulta ser el más largo hasta ahora conocido, y datable con precisión (10-XII-20 p. C). Tras plantear la posible relación con el estilo asianista, G. C. cree que las características peculiares del texto (empleo de los pronombres, *consecutio temporum*, anomalías en la combinación y concordancia de tiempos, notablemente en el estilo indirecto) son achacables a las peculiaridades de la lengua jurídica.

En la cuarta sección (*Semantica*), G. CAPDEVILLE («*Oriundus*», 133-46), tras criticar las explicaciones incongruentes de Benveniste (*Origines...*), el *ThLL*, y más recientemente, M. D. Joffre (*Voix et Diathèse...*), analiza las condiciones de empleo de *oriundus*, cuyo sufijo *-nd-* parece tan debilitado que se emplea prácticamente como un adjetivo calificativo, sin que suelan verse, por otra parte, grandes diferencias con *ortus*. La definición que propone: «*Oriundus* définit une origine en quelque sorte 'généalogique', dont le point de départ peut être proche ou lointain, et qui peut être distincte, mais pas nécessairement, de l'origine géographique. Le mot, en tout cas, n'indique jamais une filiation directe entre deux personnes, il est associé généralement à un terme collectif désignant une famille, une 'souche' (...) une classe sociale, une cité, un peuple, un territoire...» (pp. 141-3) parece muy pertinente, aunque su intento de 'salvar' el contenido propio de *-ndo-* a través de una evolución «virtualité en devenir» > «virtualité dans le passé» (141) resulta aventurado. El trabajo termina con unas

notas sobre las particularidades de su empleo en latín: relativamente usual en Livio, lo evitan los poetas clásicos, aunque se emplea esporádicamente en la latinidad tardía. Es en cambio usual en la lengua jurídica para distinguir el lugar de origen del de residencia. En romance no parece haber dejado herederos. En francés sólo se atestigua en Montaigne, aunque sí se emplea en italiano moderno para designar a los nacidos en el extranjero de padres italianos emigrantes. Este uso, que se sentía como culto y hasta pedante, pasó a la lengua coloquial a partir de su aplicación al mundillo del fútbol. No se hace referencia al español, pero cualquier aficionado al fútbol recordará la profusión de oriundos sudamericanos (uno de ellos *oriundo* ... ¡de Celta de Vigo!) que recalaron en nuestros equipos en la década de los 70, hasta el punto de que llegó a decirse —con su pizca de exageración— que cada emigrante español al Nuevo Mundo debía de haber engendrado un futbolista. Recurriendo al método de análisis sémico, J. F. THOMAS («Observations sur le vocabulaire de la joie chez Plaute et Térence» 147-155) estudia el vocabulario de la «alegría» en la comedia. Analiza primero las dos series básicas (*gaudium* y *laetitia*), y a continuación otras dos secundarias, una periférica (*hilarus*, *hilaritas*), y la otra prácticamente ajena al campo (*festiuitas*). El contenido de *laetus-laetitia-laetari* se formaliza: /sentiment de contentement/ /vécu intensément/ /devant l'heureuse réalisation/ /de quelque chose qui est très important pour le sujet/ (p. 149). El grupo de *gaudium*, de empleo más frecuente, tiene un uso más variado. Además de emplearse en los mismos contextos que el grupo de *laetitia*, documenta tres usos específicos: 1) en el intercambio de saludos, expresa un «contentement poli» respecto a personas con las que no se tiene un lazo especial; 2) expresión de alegría por un acontecimiento dichoso del que uno es testigo, pero que no le concierne directamente; 3) alegrarse de la desdicha de otros, como fruto de una cólera brusca, pero de corta duración. Esto le lleva a postular un doble semema para el grupo de *gaudere*, uno igual al de *laetari* y otro que formaliza: /un sentiment de contentement/ /poli/ /devant l'heureuse réalisation/ /de quelque chose qui n'est pas essentiel pour le sujet/. En términos estructurales nos encontraríamos pues ante el término no marcado de una oposición privativa, aunque el autor prefiere hablar de sinonimia parcial. Sin embargo, el análisis estructural exige que cada término se oponga a otro por un solo rasgo, cosa que en este caso no se cumple, a no ser que se omita el rasgo /poli/, que, después de todo, no da cuenta de la tercera acepción. En cuanto al grupo de *hilaritudo*, el rasgo destacado parece el de la exteriorización de la alegría, por lo que el autor formaliza su contenido nuclear como /un sentiment de contentement/ /rayonnant/. J. P. BRACHET estudia los verbos *exsaturare* y *exsatiare*, formados sobre sendos denominativos de *satur* y *satis* («Les verbes *ex-saturare* et *ex-satiare*: des créations analogiques d'après *explere*?», 157-62). Se trataría de dobles estrictamente equivalentes, documentados a partir de Cicerón y Livio, respectivamente, con una tonalidad diafásica más bien

poetizante, y especialmente apreciados por los poetas de época neroniana. J. P. B. se pregunta por las causas de su creación, aparentemente superflua: puesto que *satiare* y *saturare* denotan una situación de plenitud extrema, una gradación *saturo* — *exsaturo*, *satio* — *exsatio* parece innecesaria. ¿De dónde vendría, entonces, la preverbación en *ex*-? «Puisque *explere*, qui est le parangon de la famille des verbes signifiant ‘emplir’, a un préverbe *ex*-, les autres verbes de même sémantisme reçoivent le même préverbe» (p. 161), por una especie de mimetismo formal. Pero *explere* no es propiamente, creo, el parangón (¿archilexema?) de «llenar», sino de «llenar *por completo*», que es lo que en realidad significa. Ese clasema resultativo es el que explica la aparición de *ex*- tanto en *explere* como en nuestros dos verbos, o en otros muchos igualmente resultativos. Claro que, como señala J. P. B., «*saturare* et *satiare* dénotent ... le même procès que *explere*, à un degré plus élevé que celui-ci» (159), es decir, son ya resultativos frente a *explere*, por lo que parecen excluir una gradación ulterior, por denotar una situación extrema. Pero hay que recordar que, según lo que B. García Hernández ha llamado *principio de la relatividad aspectual*, siempre es posible subgraduar cualquiera de los términos de una gradación; así, un término *ingresivo* puede subgraduarse en una secuencia *desiderativo* — *conativo* — *inminencial* — *incoativo*, y también un término resultativo, colocado al final de una gradación, puede subgraduarse; cf. *lleno* — *harto*; si uno está *harto*, parece que ha llegado ya a la plenitud extrema, pero también se puede estar *hartísimo*, *requeteharto*, y hasta *más que harto* ... o *atiborrado*. De hecho, se diría que un término de por sí resultativo es tanto más proclive a regraduarse de acuerdo con ese criterio, como tuve ocasión de observar hace algunos años en mi tesis sobre los verbos de «dar»: verbos claramente resultativos, como *soluo* o *pendo* («pagar, saldar, liquidar»), tendían a originar diversos modificados que gradúan a su vez esa resultatividad ya ínsita en el nivel léxico. De la misma manera que un verbo de sentido espacial tiende a crear modificados que precisan esa espacialidad, un verbo resultativo tenderá a graduar esa resultatividad por medio de sus modificados. De modo que no parece que la creación de estos modificados sea necesariamente gratuita. F. GAIDE, autora de una serie de interesantes trabajos sobre fitónimos latinos, aborda ahora («Les noms des plantes vulnérables dans les textes médicaux latins. Lexicologie et ethnologie», 163-68), con un enfoque onomasiológico, el estudio de los nombres de plantas que sirven para curar heridas, con la exclusión de las mordeduras de serpientes. B. GARCÍA HERNÁNDEZ, autor de notables estudios sobre los verbos de la visión, nos ofrece («Lat. *seruo*. Análisis estructural e investigación histórica», 169-78) un penetrante análisis de *seruare*. Persuadido de que el conocimiento de las características semánticas de un lexema permite indagar en mejores condiciones su origen y su trayectoria histórica, el autor recuerda primero los dos contenidos básicos del grupo lexemático de *seruare* («observar» y «conservar»). Se examina luego la presumible relación etimológica con *seruus*, del que *seruo*

sería un denominativo, y la espinosa cuestión de cuál sea el sentido originario de nuestro verbo. De manera convincente se establece que es «mirar», y no «guardar», y se concluye advirtiendo sobre los peligros de la ecuación *seruus* — *seruare*. En tercer lugar se estudia la posición estructural del significado primario de *seruo*, y el sentido de su evolución. El artículo concluye con una revista de los usos técnicos de *seruo*, ámbito en el que, gracias al carácter conservador de los usos técnicos, mantuvo con mayor facilidad el antiguo sentido visual, como también en la poesía, por su conocida preferencia por el *simplex pro composito*. E. GAVOILLE («*Ars* chez Plaute et Térence», 179-90) estudia la polisemia de *ars*, con un análisis componencial inspirado en la tipología de las relaciones de sentido de R. Martin (*Pour une logique du sens*, París, 1983) y la semántica interpretativa de F. Rastier. En el corpus, tal vez demasiado exiguo (28 ocurrencias), E. G. descubre dos dominios básicos de empleo: esfera práctica (acción en general) y esfera técnica (actividad especializada). En cada uno de ellos, la adición o supresión de semas permite ir deslindando la rica polisemia del término, hasta culminar en una ilustrativa figura recapitulativa que cierra el trabajo (p. 190). El establecimiento de semas, que se extraen del contexto, y no, como en el análisis estructural, a partir de las oposiciones con otros lexemas del mismo campo semántico, parece a veces un tanto arbitrario, y no queda muy claro en qué casos estamos ante valores de lengua distintos, y en qué casos ante simples acepciones. F. SKODA, en fin, («La notion de fonte dans les textes médicaux grecs», 191-98) estudia el concepto de *fusión* en la lengua griega, expresada sobre todo por los verbos *τήκω* (factitivo: provocar la fusión) y *τήκομαι* (fundirse). Dicho fenómeno, perceptible en la vida cotidiana a través de los fenómenos climáticos o de las actividades culinarias o artesanales, da lugar a hermosas imágenes en la poesía griega, pero son sobre todo los textos científicos los que explotan las diversas facetas que pueden descubrirse en el empleo de ambos verbos en griego: licuefacción, disolución, disminución, desaparición, reblandecimiento, debilitamiento, muerte ..., que la autora estudia exhaustivamente y califica como *semas*, término empleado de nuevo, no en el sentido usual en el estructuralismo de rasgo opositivo que distingue dos unidades léxicas, sino en cuanto rasgo recurrente en el empleo de una unidad.

En la sección quinta (*Onomastica et toponymica*), A. GRANDAZZI («Tous les chemins ne mènent pas à Rome: la *via Appia* avant la *via Appia* (à propos de LIV.VII,39,16)», 201-206) presenta una hipótesis sugestiva. El pasaje de Livio, que se refiere a 342 a.C. (*ad lapidem octavum viae quae nunc Appia est*), muestra que existía una vía anterior sobre la que se construyó o amplió la *via Appia*, cuyo nombre es omitido por todas las fuentes antiguas, aunque de su existencia da cuenta también la arqueología. Esta *via*, que remonta al siglo IX, llegaba, al menos, al macizo albano, lo que explica el nombre de *via Albana* que sin ninguna apoyatura en los textos antiguos suelen darle los investigadores

modernos. Puesto que las vías más antiguas recibían su denominación, no de los magistrados que las propiciaron, ni de las ciudades a donde conducían, sino de otros nombres geográficos, y puesto que la *via Appia* y la *via Latina* partían de la Porta Capena y se dirigían al macizo albano, tal vez la clave la ofrezca la *v. Latina*, llamada así por conducir al santuario de *Iuppiter Latiaris*, donde se celebraban las *Feriae Latinae*. Tal vez la vía pre-*Appia* llevaba al santuario de Diana en Nemi, en cuyo caso bien podría haberse llamado *Via Nemorensis*, por la epiclesis de la Diana latina. El silenciamiento de este nombre por las fuentes antiguas —y su bautizo con el nombre del magistrado romano Apio Claudio— podrían obedecer a razones políticas: la voluntad romana de privar a sus antiguos rivales de uno de sus signos más evidentes de identidad nacional. C. DOBIAS-LALOU («Sur quelques noms latins en Cyrénaïque», 207-12) aborda los problemas que plantea la transcripción de nombres propios latinos en una zona de lengua griega doria, y los procedimientos documentados para su resolución. Se estudian dificultades de orden fraseológico (falta de correspondencia entre los dos sistemas de denominación), morfológico (necesidad de insertar los nombres latinos en el sistema flexional griego) y fonético, aspecto de la cuestión que aporta valiosos indicios sobre la cronología de diversos fenómenos disimulados por el conservadurismo ortográfico de la lengua fuente. M. BARATIN («Un seul nom pour deux îles et plusieurs noms pour chacune: de Halonnèse à Alonissos», 213-18) se esfuerza por identificar la antigua isla de Halonessos, nombre que actualmente lleva la antigua Ikos. Tras rechazar las identificaciones usuales modernas, retoma una hipótesis emitida por Bürchner en 1890: la antigua Halonessos se correspondería con la actual Peristera, vecina de la actual Halonessos. CH. NICOLAS («De la synonymie entre noms propres: quelques cas latins», 219-28) reflexiona sobre el grado de sinonimia entre nombres propios distintos en construcciones paradójicas del tipo *X appellatur Y*. El título en sí es un tanto provocador, por cuanto el nombre propio, un designador rígido, no parece en principio afectado por cuestiones como polisemia, sinonimia o antonimia. El término *sinonimia*, por tanto, hay que entenderlo en sentido amplio, más cercano a lo que podríamos llamar *correferencia*. Un fino análisis lingüístico y lógico permite establecer una tipología de construcciones en las que $X = Y$, aunque tal equivalencia resulta ser, en general, más aparente que real: a) $x = y$ en dos sincronías diferentes (Rómulo / Quirino); b) $x = y$ en un contexto sociológico o estilístico diferente (Clodia / Lesbia); c) $x = y$ en casos de alias o pseudónimos (Lucumón / L. Tarquinio Prisco); d) $x = y$ por un deseo de precisión (*M. Moussy s'appelle Claude / Cn. Marcius, cui cognomen postea Coriolano fuit*); e) $x = y$ en casos de antonomasia (*Quinault est un Virgile; ei Catones sunt Nerones*), pero, como señala C. N., una al menos de las variables no funciona en realidad como nombre propio individuador, sino como parangón o prototipo; f) $x = y$ por rectificación: x es, o se ha convertido en, una apelación errónea, que debe ser rectificaci-

da, y g) x = y en lenguas diferentes (*Jérusalem s'appelle Al Qods en arabe*; Júpiter / Zeus), caso este último en que la equivalencia lógica parece, como señala el autor, más postulable.

La sección de *Pragmatica* comienza con L. GAVOILLE («*Dictum et les énoncés performatifs*», 231-43), que reflexiona sobre la polisemia de *dictum*, que admite dos sentidos básicos («parole en général» y «bon mot», agudeza), a partir de un análisis pragmático que parte de la teoría de los actos de habla, combinado con un análisis sémico. *Dictum*, al menos en la comedia, recubre casi siempre actos ilocucionarios performativos, ya sean declarativos, promisivos o directivos, en ocasiones con efectos perlocutorios (convencer, herir, seducir...). En cambio, no designa ningún acto ilocucionario constativo. «La parole désignée par *dictum* est donc avant tout une parole qui agit sur l'auditeur et le fait agir» (p. 237). Esta constatación se confirma por la etimología, pues la raíz *deik-, según Benveniste, significaba «montrer par la parole avec autorité ce qui doit être», y por las equivalencias contextuales de *dictum* con *iussum*, *imperium* o *factum*. La otra cara de *dictum*, es decir, la expresión de un enunciado constativo, correspondería a *uerbum*, que designaría «...non pas une parole tournée vers l'action, mais une parole qui se rapporte à son référent» (p. 239). La explicación, en fin, de *dictum* «bon mot» a partir de estos mismos criterios pragmáticos parece artificiosa ... e innecesaria; el fenómeno de especialización es algo bastante común en el léxico, y no una rareza, como parece creer el autor. El trabajo concluye con la definición sémica del contenido de *dictum* («parole / qui agit) por oposición a *uerbum* («parole / qui signifie»). A este semema básico se deben añadir, según el autor, diversos semas suplementarios, que darían cuenta de los diversos tipos de enunciados performativos («parole / qui réalse / l'état de choses représenté») con sus subtipos *promisivo*, que añadiría el sema /par l'intermédiaire du locuteur/, o *directivo*, que añadiría /par l'intermédiaire de l'allocutaire/; o perlocutorios («parole / qui produit un effet / sur l'auditeur»). En cuanto al sentido «bon mot», podría definirse como «parole / qui ridiculise / par un jeu de mots», frente a *cauillatio* («parole / qui ridiculise / par une narration»). Se detecta una cierta incongruencia en el concepto de *sema*, que a veces se emplea en el sentido de la semántica estructural (rasgo mínimo de contenido que opone dos unidades léxicas: *uerbum / dictum*; *dictum / cauillatio*) y otras para rasgos que permiten distinguir usos contextuales. *Sema* parece haberse convertido en una de esas palabras-clave que sirven un poco para todo, pero hablar de semas distintos para el empleo de una misma palabra en diversos actos de habla parece verdaderamente adentrarse en la frontera del abuso terminológico. M. D. JOFFRE («Comment s'élabore le sens d'une forme? L'exemple d'*iste* dans l'*Asinaria* de Plaute», 245-52), continúa el análisis sobre *iste* en un trabajo anterior publicado en REL 74 (1996) 145-54. La autora rechaza (con ejemplos, en mi opinión, poco probantes) la relación de *iste* con la segunda persona y la pertinencia del valor peyorativo que suele reconocér-

sele. Una revisión de los géneros y autores en que es más frecuente ilustra su afinidad con la comunicación oral, pero, en lugar de relacionar este fenómeno, como parece evidente, con la esfera del «tú», M. D. J. ofrece esta interpretación: «Car *iste* répond avant tout à une des principales exigences de l'oral, donner du relief à l'énoncé: c'est un procédé de 'mise en saillance' qui permet au locuteur d'attirer l'attention des auditeurs sur le point important de son propos, centre de ses préoccupations» (p. 246). ¿Debe *iste* considerarse deíctico? En sentido estricto, no; apoyándose en ejemplos, creo que, fuera de contexto, poco probatorios, la autora formula el siguiente aserto: «Avec *iste*, le locuteur choisit délibérément de n'apporter aucune précision d'ordre spatial ou temporel sur le concept évoqué; il veut simplement attirer l'attention de celui auquel il s'adresse» (p. 247), aserto tan difícil de admitir que la propia M. D. J. se ve obligada a renglón seguido a matizarlo, bien es verdad que con una justificación también difícil de admitir: «il arrive certes, qu'*iste* donne l'impression soit de renvoyer à l'un des deux interlocuteurs le concept qu'il désigne, soit de livrer une information sur sa position dans l'espace ou dans le temps. Il ne s'agit en réalité que d'effets de sens» (*ib.*). Sigue un estudio del reparto de empleos de *iste* en *Asinaria*, del que se deducen dos tendencias; a) en 41 sobre 65 (63'25%) «...le pronom-adjectif donne...l'impression de renvoyer à l'interlocuteur, au tu» (pp. 247-8); b) en el 43% de los empleos *iste* aparece en una interrogación o un enunciado injuntivo, frecuencia mucho mayor que la de otros deícticos, lo que indicaría «le lien privilégié qu'entretient *iste* avec l'expression de la modalité» (p. 248). Sigue, en fin, el análisis de ambas tendencias. En primer lugar, a pesar de los múltiples indicios que parecen resistirse a entrar en un corsé, y que la autora trata de impugnar con argumentos a veces circulares, notablemente el recurso a ejemplos que, en mi opinión, o no están claros, o no están bien interpretados, insiste en rechazar la solidaridad de *iste* con la esfera del «tú». En segundo lugar, se insiste en la afinidad de *iste* con la modalidad. Es cierto que es éste uno de los temas-estrella de la lingüística moderna, pero no parece que todos los fenómenos lingüísticos tengan que ver con ella: ¿no será que *iste* aparece tanto en interrogaciones y en órdenes porque ambos tipos de mensajes se dirigen a un interlocutor, a un *tú*? A. ORLANDINI, autora de valiosos trabajos sobre expresiones modales latinas, analiza ahora el verbo *debeo* («La polysémie du prédicat *debeo*», 253-63). Recogiendo en parte los análisis previos de Bolkestein y Núñez para el latín, y Huot y Picoche para el francés, distingue en *debeo*, como se intuía ya en Prisciano, dos valores principales, el uno radical (*debeo* + SN objeto), y el otro modal (*debeo* + infinitivo), con una doble posibilidad: valor deóntico (modalización interna) y valor epistémico subjetivo (modalización externa). A su vez, dentro del valor deóntico se distingue entre valor deóntico débil («avoir le droit de»), que aparece sólo en frases negativas (*non accusare alterum ... debet*), o para ser más exactos, en contextos no asertivos, y valor deóntico fuerte («il est nécessaire que p»), que apare-

ce sobre todo en enunciados de naturaleza prescriptiva (*quoniam ... existimare debetis*). El valor epistémico, por su parte (*hic debet seruuus esse nequissimus*) no puede ser negativo ni sometido a interrogación. El artículo se cierra con un apartado sobre diversos giros específicos del latín que las lenguas romances (o el propio latín tardío) han sustituido por construcciones con «deber». CH. TOURATIER («L'imparfait, temps anaphorique?», 265-78) analiza —y rechaza— el posible valor anafórico que algunos lingüistas atribuyen al imperfecto. J. McCawley había planteado en 1971 la analogía entre la relación que mantienen el tiempo verbal y el tiempo de la proposición y la de los pronombres personales y los nombres a los que reemplazan, lo que permitiría hablar de tiempos deícticos, con referencia temporal propia, y tiempos anafóricos, que retoman un momento temporal ya expresado en el contexto; a estos últimos pertenecería el imperfecto. Lingüistas posteriores convirtieron en aserto lo que inicialmente era una simple comparación; es el caso, para el latín, de la conocida monografía de S. Mellet (1988) sobre el imperfecto. Con una mezcla saludable de rigor sintáctico y sentido común, Ch. T. estudia con detalle las posibles analogías, y sobre todo las clarísimas divergencias, que le llevan a rechazar el supuesto valor fórico del imperfecto, aunque es consciente de que una explicación más simple, tradicional y convincente de su valor «...perd beaucoup de séduction en se passant des deux qualifications savantes et fascinantes d'*anaphorique* et *méronimique*» (p. 272) ¿Cuál es, entonces, el valor del morfema de imperfecto? «Nous admettons donc que le signifié du morphème d'imparfait est quelque chose comme 'non actuel', son application au domaine temporel donnant la signification particulière de 'non actuel temporellement parlant', c'est-à-dire, 'passé', et son application au domaine notionnel celle de 'non actuel notionnellement parlant', c'est-à-dire 'non réel, contraire à la réalité'» (p. 277).

En la sección VII (*Litteraria*), la más amplia, J. DANGEL comenta uno de los pasajes más conocidos de los *Annales* de Ennio («Au-delà du réel et poétique de l'indicible: le songe d'Iliia», 281-93). Un denso análisis lingüístico y estilístico permite descubrir, bajo el sentido superficial y literal del pasaje, un «sens sous le sens» que «s'impose à tous les niveaux du texte enmien» (p. 287), y que permite interpretar el aparentemente inconexo devenir de la narración del sueño con un sentido claro, fruto de una elaboración textual muy rica, que una lectura superficial no aprehende. B. LIOU-GILLE («Des noms et des nombres: arithmétique et religion», 295-303) estudia diversas palabras latinas en que puede descubrirse un numeral, pero que plantean problemas en cuanto a la designación del mismo: *septimontium* se refiere a 8 lugares; *tribus* tiene que ver con 3, lo que explicaría las tres tribus de Rómulo, pero no el ajuste de 3 a 4, atribuido a Servio Tulio, y la ampliación posterior hasta 35. Un tal descuido de la aritmética elemental parece sorprendente. Pudiera ser que *tribus* no tuviera que ver con 3 (ya Livio pensaba que venía de *tributum*, hipótesis que B. L. G.

considera injustificada), pero la autora recuerda, siguiendo el estudio de G. Ifrah sobre los números, que *tres* no designaba en su origen el número 3, sino la pluralidad indefinida, en cuanto opuesta a la unidad y la dualidad. Esta correferencia imperfecta de *tres* y el número 3 justificaría la audacia designativa atribuida a S. Tulio, aunque no es descartable que las cuatro tribus servianas, basadas en lo local, y no en lo étnico, como las de Rómulo, recibieran en principio otra denominación, y acabarían por analogía recibiendo también el nombre de *tribus*. J. CHOLLET («A propos du poème 102 de Catulle», 305-13) comenta un poema de difícil interpretación en el corpus catuliano. Una batería de argumentos sintácticos, semánticos y estilísticos le permite interpretar, contra la *communis opinio*, que en el primero de los dos dísticos (*si quicquam tacito commissum est fido ab amico / cuius sit penitus nota fides animi*) es *fido* el adjetivo en dativo sustantivado, y no *tacito*, que acompaña en realidad a *ab amico*. Diversas sugerencias sobre la interpretación del resto del poema cierran el trabajo. J. M. ANDRÉ («Le vice chez Cicéron: de la terminologie à l'idéologie», 315-22), se ocupa de la terminología del vicio en Cicerón, cuya evolución estudia subrayando algunas líneas de fuerza: herencia del puritanismo tradicional, personificado en Catón, aporte de la antropología al arte oratoria e integración de la doctrina filosófica del vicio al vocabulario ancestral. La obra de Cicerón documenta un sistema coherente del vicio, dominado por cierto maniqueísmo virtud-vicio. El moralismo ancestral ha integrado al vocabulario inicial nociones griegas transcritas, como la *asôtia*, y se constata una cierta humanización de la ética primitiva. El sistema del vicio, por otra parte, pasa de la censura moral relativa a la vida privada a la *disciplina ciuitatis*. La retórica, en fin, ha desempeñado un importante papel de organización en este sistema centrado en el conocimiento de los *mores*, pero en la virulencia polémica subsisten huellas de una tradición satírica, que enlaza con los fesceninos o la comedia plautina, tradición revigorizada en la época de Cicerón por las *Menipeas* de Varrón. «Mais il reste au fond de la notion de *uitium*, comme de celle de la *luxuria*, dominante, un résidu sémantique de matérialisme rural: l'idée de 'tare physique', ou l'idée de prolifération inutile et malsaine de la végétation. Ce sens agraire primordial persiste jusqu'à la fin de l'empire comme concept juridique fondamental» (p. 321). Como un tributo al homenajead, autor de un libro señero sobre *Gratia et sa famille* (París, 1967), J. M. CROISILLE («La représentation des trois Grâces dans l'art et la littérature d'époque romaine», 323-30) analiza, aprovechando la bibliografía anterior, y sobre todo, el excelente LIMC, la representación canónica — tres mujeres entrelazadas danzando, la una de frente, las otras dos de espalda, desnudas— del grupo de las Gracias. Se estudia primero el esquema canónico y su 'explotación', y a continuación las diversas interpretaciones simbólicas (Séneca, Cornuto, Servio...) de los antiguos. El autor concluye que el origen de la representación canónica en Roma es pictórico, y que el tema ha sido literariamente poco aprovechado en la poesía, con

la excepción de Horacio. Las interpretaciones simbólicas de los prosistas le resultan un tanto secas, faltas de vida, ... pese a haber resultado, en mi opinión, enormemente fecundas, sobre todo en el caso de Séneca, para los antropólogos modernos. L. DURET («Horace, Mécène et l'égalité d'âme. Sur une lacune prétendue dans le texte des *Épîtres* (1,18,90 sq.)», 331-39) se centra en un pasaje controvertido horaciano, que ha llevado a editores e intérpretes a imaginar una laguna. L. D., tras un fino análisis del poema, en el que reconoce su deuda con su alumna H. Vial, defiende la *lectio recepta*, con una interpretación, eso sí, que choca con la habitual, pero que parece verosímil. El tema central de la epístola es cómo vivir en la amistad de un gran señor sin perder su alma, o al menos, la tranquilidad de ésta, y en ella el poeta aconseja al joven Lolio de acuerdo con su experiencia, que debe referirse a su ambivalente relación con Mecenas. Si el cliente debe adaptar su estado de ánimo al de quien le protege, ello entraña un riesgo para la *aequanimitas*, cuya posesión es el máximo bien que puede a uno otorgarle la sabiduría. Para evitar este peligro, debe conjugarse el *savoir faire* mundano con un sabio retiro y una lectura, moderada y selecta, de los buenos filósofos. Los versos en cuestión no presentarían, en consecuencia, un elenco de las diversas personas que pueblan la sociedad, sino los diversos estados de ánimo de los poderosos, con quienes los debutantes o las personas humildes *con proyección* deben contemporizar. M. DUCOS («Les testaments dans les lettres de Pline le Jeune», 341-46) que publica ahora su comunicación al Congreso de la FIEC de Québec (1994), estudia un tema recurrente en las cartas de Plinio, y que ha atraído la atención de historiadores y juristas: el de los testamentos. Unas veces se trata de detalles anecdóticos, pero otras Plinio, en cuanto abogado, reflexiona sobre cuestiones jurídicas complejas. Debiendo conjugarse en el testamento dos factores no siempre coextensivos, la voluntad del testador y la legalidad vigente, no es extraño que su cumplimiento resulte a veces conflictivo; en dichos casos Plinio se muestra siempre favorable a respetar la voluntad del testador por encima de los pequeños defectos de forma que podrían legalmente impedir su aplicación. N. BOËLS-JANSSEN («Les noces de Messaline et les rites du mariage romain. A propos de Tacite, *Annales* 11,27», 347-58) estudia un conocido pasaje de Tácito: la parodia de boda de Mesalina y el cónsul designado Silio. En medio de la descripción cronológicamente ordenada de las ceremonias nupciales que tuvieron lugar, no queda claro a qué momento de la celebración se refiere *subisse* (...*atque illam audisse auspicum uerba, subisse, sacrificasse apud deos*...), lo que ha provocado numerosas enmiendas e interpretaciones poco convincentes por parte de editores y comentaristas. La autora cree que *subisse* está por *iugum subisse*, que designaría el franqueamiento, por parte de los contrayentes, de un umbral (*cf.* la costumbre, aún hoy, de hacer el pasillo, con sables, a los novios, en algunas profesiones), que tendría lugar en medio de la ceremonia, y evocaría el rito de paso que toda ceremonia nupcial implica. H. ZEHACKER («Philosophie, *pietas*

et culture dans l'*Alceste* de Barcelone», 361-69) analiza las líneas de fuerza morales y espirituales del poema del siglo IV, inspirado obviamente en Eurípides, pero más cercano a la etopeya que al drama, que desde su *editio princeps* de 1982 ha suscitado diversos estudios y dos excelentes ediciones comentadas (Marcovich 1988 y Nosarti 1992). Tras un resumen de contenido y estructura, se analizan los discursos de Feres y Clímene (padres de Admeto), y de la propia Alcestis. Mientras que los primeros eluden el sacrificio con argumentos especiosos que corresponden a una orientación epicúrea y estoica respectivamente, y suenan a palabrería hueca, Alcestis ofrece un don de sí y un sacrificio libremente consentido, de modo que «...le véritable débat du poème se situe entre des philosophies verbeuses qui produisent des égoïstes, et une *pietas* en action, qui est don de soi...» (p. 368). ¿Habría en ello una propaganda velada del cristianismo, o al contrario, una reivindicación del paganismo militante? H. Z. piensa que no hay indicios en favor de una cosa u la otra: en el comportamiento de Alcestis no hay más que una *pietas* exclusivamente humana. Esta importancia de la *pietas*, valor romano por excelencia, le lleva a suponer que el poeta era originario, no de Egipto, como piensa Marcovich, sino de una de las grandes ciudades orientales del Imperio, por los conocimientos del griego que se presuponen. En cuanto a la calidad del poema, a veces subestimada, H. Z. coincide con Marcovich en que se trata de la obra de un *poeta doctus*, en la que se detectan numerosos ecos literarios, pero sin dar impresión de centón, sino de una cultura y una formación bien digeridas. J. HELLEGOUARC'H, autor de páginas memorables sobre el vocabulario político romano, aborda ahora esta misma cuestión en Eutropio («Sur le sens et l'emploi du vocabulaire politique chez Eutrope», 371-77), con la intención de ilustrar las concepciones históricas y políticas del autor y su época. Se estudian no sólo sentidos y empleos de cada término, sino también su frecuencia, o su ausencia, factores que pueden ser muy significativos. El material se distribuye en tres apartados: I) palabras que designan el poder y sus detentadores; II) palabras que se refieren a las relaciones sociales y políticas; III) palabras que designan el comportamiento del hombre político. É. WOLFF («Dracontius revisité: retour sur quelques problèmes de sa vie et de son oeuvre», 379-86) recuerda la mala suerte que parece haber perseguido a Draconcio tanto en su vida como en la transmisión de su obra: su poesía cristiana se transmitió semifalseada en la edición de Eugenio de Toledo, el *De laudibus Dei* se atribuyó a Agustín, y ni siquiera el descubrimiento del verdadero Draconcio tras la edición de su poesía cristiana por F. Arévalo en 1791 o de las obras profanas en el XIX parece haber redundado en una mejor apreciación de su obra, para lo que se señalan tres factores coadyuvantes (hostilidad de la época hacia el latín tardío y medieval, estado semilacunario de su poesía, y el poeta no ofrece grandes datos sobre una época para la que apenas contamos con fuentes literarias). Sin embargo, «... Dracontius est un auteur intéressant et attachant, et le nombre des publi-

cations qui lui sont consacrés montre qu'il offre encore matière à la recherche» (p. 381). Y en efecto, tres son las aportaciones que ofrece É. W. La primera se refiere a las causas de su encarcelamiento, a las que se alude en tono ovidiano en unos versos ambiguos de la *Satisfactio* (93-94): *culpa mihi fuerit dominos reticere modestos / ignotumque mihi scribere vel dominum*. Se trataría, por una parte, de una inoportuna *recusatio*, achacable más a sus gustos literarios que a motivos políticos, a cantar las glorias de los monarcas vándalos; y por otra, de la composición de un poema áulico en favor de Hilderico, a quien su padre Hunerico quería transmitir el trono, a pesar de las normas sucesorias del reino vándalo, poema que llegaría más tarde a oídos de Guntamundo, sucesor legítimo —y efectivo— de Hunérico, y ocasionaría el encarcelamiento. La segunda cuestión se refiere a la mención de *Blosus in Romulea*, con la que se introducen cuatro pasajes del poeta en el *Florilegio de Verona*. E. W. considera que *Romulea* es sinónimo rebuscado de *Romana*, sin descartar que se refiera a la vez a «paganos», como si se hubiera querido oponer la producción profana a la poesía cristiana. La tercera se refiere a la pervivencia de la obra profana, que hasta el redescubrimiento en época moderna, no suele llevarse más allá de Arator y V. Fortunato, en el s. VI. El autor plantea la posibilidad de que el Draconcio profano fuera conocido por autores de época carolingia (Alcuino, Teodulfo, Ermoldo el Negro y el *poeta Saxo*), como probarían *iuncturae* propias de la poesía profana de Draconcio ignoradas antes de él y no atestiguadas entre nuestro poeta y el autor carolingio en cuestión. Alcuino y Teodulfo, por lo demás, conocían la poesía cristiana de Draconcio. B. BUREAU («Parthenius et la question de l'authenticité de la *Lettre à Parthenius d'Arator*», 387-98) estudia la autenticidad discutida de una carta de Arátor. La reconstrucción de la biografía del destinatario avala la autenticidad de la carta, y una vez establecido este asidero, permite servirse de ella como instrumento para conocer el periodo en que vivió Arator y para la reconstrucción de los lazos de parentesco entre las principales familias de la Galia de los siglos V-VI.

La sección VIII, en fin (*De Latinitate*), comprende tres artículos. P. FLOBERT («Le mythe du latin dit vulgaire», 401-409) insiste sobre la arbitrariedad e incoherencia de la expresión *latín vulgar*. Este uso de *vulgaris* no remonta siquiera al latín, constatación que lleva al estudio de diversas denominaciones adjetivales empleadas por los antiguos con referencia a la lengua «cotidiana» (*plebeius, cottidianus, proletarius, inconditus, usitatus, rusticus, paganus*) ¿De dónde proviene, pues, la expresión? P. F. traza someramente la historia de su invención, y señala diversos errores e incongruencias en el establecimiento de la teoría: el término está mal elegido, pues *vulgaris*, desde Dante, califica más bien a las lenguas modernas; se exagera la oposición entre latín hablado y escrito, y el carácter iletrado de quienes expandieron el latín por las provincias; se percibe un intento de dotar a las lenguas romances de un ancestro comparable al indoeuropeo, insistiendo demasiado en la precocidad de

este protorromance y en su uniformidad... Por otra parte, el concepto es impreciso cronológica y socialmente. Vista, pues, la impropiedad de *latín vulgar*, ¿qué terminología emplear? Tras pasar revista a las alternativas que se han propuesto (*Umgangssprache*, *latín usual*, *familiar*, *coloquial*, *popular*), P. F. se inclina por *latín hablado*, concepto que permite distinciones en todos los planos (diatópico, diacrónico, diastrático, diafásico), matices esenciales que permiten evitar denominaciones globalistas como *protorromance* o *romance común*, que sugieren una homogeneidad del todo quimérica. Sobre cuestiones de propiedad terminológica versa también el trabajo de B. COLOT («*Latin chrétien ou latin des chrétiens? Essai de synthèse sur une terminologie discutée*», 411-19). La autora recuerda que la controversia entre *latín cristiano* o *de los cristianos* parece haberse zanjado en favor de la segunda denominación; sin embargo, ambas podrían referirse a realidades lingüísticas distintas, y puede hablarse tanto de un *latín de los cristianos*, dominio particular del estudio del latín, como de un *latín cristiano*, a partir del s. IV, en el sentido de que la lengua latina fue entonces reconocida y propuesta por los propios cristianos como investida de una expresión de verdad, que se manifestaba en el lenguaje y en él podía descubrirse. Se ejemplifica por medio de *pietas*, término al que B. C. dedicó su tesis doctoral (1996). B. COLOMBAT, en fin, («*Les règles d'apprentissage de la morphologie dans la grammaire latine du XVII^e siècle*», 421-30) estudia la multitud de reglas para el aprendizaje morfológico que ofrece la *Nouvelle Méthode Latine* de Lancelot, primera gramática latina importante escrita en francés. Las causas de ese exhaustivo casuismo, que bien pronto se vería atemperado en las sucesivas gramáticas latinas, serían tres: la voluntad de (hacer) adquirir y controlar una competencia completa de la lengua latina, la convicción de que se podía elaborar un aprendizaje completamente razonado de ésta, pues su regularidad morfológica hacía creer factible que todo podía asimilarse en forma de reglas, y la práctica misma de la lengua en la formulación, memorización y aplicación de la regla. En todo ello, esta gramática de Port-Royal no es sino la heredera de la tradición gramatical, para lo que se toman como elementos de comparación el *Ars* de Donato, las *Institutiones Grammaticae* de Prisciano, el *Doctrinale* de A. de Villedieu, los *Rudimenta grammatices* de Perotti, las *Institutiones Grammaticae* de A. Manucio y los *Commentarii grammatici* de Despautière. La ejemplificación de este casuismo se centra en las reglas del género de los nombres, aprendizaje de las declinaciones y formación de pretéritos.

Cierran el volumen una serie de utilísimos índices (*Index personarum*, pp. 434-8; *Index scriptorum antiquiorum*, 438-59; *Index scriptorum recentiorum*, 460-7; *Index verborum latinorum*, 467-78; *Index verborum graecorum*, 478-80; *Index verborum ex aliis linguis sumptorum*, 480-3) y la *Table des Matières*. En conclusión, B. Bureau y Ch. Nicolas han conseguido reunir en este cuidado volumen un nutridísimo conjunto de excelentes estudios filológicos con los que se rinde un

digno —y merecido— homenaje al Prof. Moussy, al que también nosotros, desde estas páginas, modestamente nos adherimos.

ANTONIO M^a MARTÍN RODRÍGUEZ